

escolástica, ó libro de las sentencias de Pedro Lombardo, como del decreto de Graciano. De aquí sin duda provino la persuasión fabulosa que duró largo tiempo, de que estos tres autores fueron hermanos. Esta obra no es mas sin embargo que un compendio de la historia santa, desde el principio del Génesis hasta el fin de las actas de los Apóstoles, mezclada de incidentes apócrifos, y á veces con poco juicio, de la historia profana, de opiniones sistemáticas, de sentidos figurados, de esplicaciones arbitrarias, de etimologías violentas y de mil inutilidades que no sirven mas que para darnos á conocer el estado de infancia en que entonces se hallaban las letras.

62. A mediados del siglo doce fue tambien cuando renovándose los estudios entre los judíos, á exemplo de los cristianos y de los musulmanes, dieron en mil ficciones y sutilezas desconocidas á sus padres. Desde la composicion de las paráfrasis caldaicas, verificada por el tiempo de Jesucristo, á escepcion del Talmud, ó la esplicacion de su jurisprudencia, concluida cerca de quinientos años despues, no publicaron obra alguna digna de atencion hasta el rabino Abraham Aben-Esra, nacido en España á fines del siglo undécimo. Así es que casi todos habian entendido hasta entonces en su sentido natural las grandes profecías concernientes á la venida del Mesías. Los sentidos violentos y las esplicaciones artificiosas no fueron puestas en uso, sino á medida que el gusto de los maestros escolásticos por el ergotismo, obligó á los doctores de la sinagoga á egercitarse en la mis-

ma carrera, y á buscar efugios en lugar de respuestas sólidas. Al mismo tiempo que Aben-Esra interpretaba la Escritura en España, Salomon-Jarchi, de nacion francesa, además de la Biblia, comentó en su patria todo el talmud, y obtuvo de los judíos el título de intérprete por escelencia.

Moisés, hijo de Maimon, nacido en Córdoba bajo el dominio de los musulmanes en 1135, adquirió aun mas fama que Aben-Esra. Los judíos se atrevieron á decir que éste era el hombre mas grande que se habia visto despues del legislador Moisés, no obstante las violentas contradicciones que acababa de sufrir este aplaudido rabino y el cisma que ocasionó entre sus hermanos, el cual duró cuarenta años. Fue discípulo de su compatriota Averroes, uno de los mas grandes filósofos que tuvieron los árabes. La traduccion latina de sus comentarios árabes de Aristóteles, es la que ha servido despues á nuestros filósofos. Entre las obras del rabino Moisés, las mas famosas son la esplicacion del talmud, y el modo de entender los lugares difíciles de la Escritura, cuyos sentidos diversos, como el literal, metafórico, anagógico y alegórico no deja de indicar; pero sus medios artificiosos y multiplicados dan á conocer cuan estrechado se halla el ciego Israel acerca de los oráculos luminosos de los profetas. Uno de los mas fogosos partidarios de Moisés, fue David Kimhi, famoso tambien por su libro intitulado *Micol*, la mejor gramática que tuvieron los judíos hasta el fin del siglo doce. Entonces solo hacia cerca de unos ciento

cincuenta años que cultivaban este arte, y le tomaron tambien de los árabes.

Por el año 1173 el judío Benjamin, natural de Tudela de Navarra, publicó una relacion de sus viajes que alcanza hasta este año, y en ella solo se aplica á exaltar lo que interesa á su nacion. Recorrió la Francia, la Italia, el continente y las islas de la Grecia, la Siria, el Egipto, la Arabia y la Persia. Señala en cada lugar el número de los judíos: en Roma doscientos, en Constantinopla cerca de diez mil adictos á la doctrina de los rabinos, sin contar quinientos caraitas, que se atenian únicamente al testo de la Escritura, y eran reputados por cismáticos entre los otros. En la isla de Chipre halló muchos que los rabinistas nombraban epicúreos, y los trataban como á hereges. Cerca de Sidon vió á los drusios sumergidos en una ignorancia tan grande, que creían en la metempsícosis. Aun dentro de Jerusalem no cuenta mas que doscientos judíos artesanos, obscuros y alojados en un extremo de la ciudad, que él dice ser muy pequeña pero muy poblada. Señala muchos menos todavía en el resto de la tierra santa: dos en una ciudad, tres en otra, la mayor parte tintoreros de lana. En Tiberiades, cuya escuela celebran tanto otros judíos, no cuenta mas que cincuenta. La Europa conocia muy bien entonces el estado de la Palestina para que las noticias fabulosas lograsen aceptación.

Pero hablando de Bagdad, sometida al califa Abasida, empieza á soltar la rienda á su imagina-

cion. Dice que el rabino Dauiel hacia ascender claramente su genealogía hasta el Rey David, era reconocido por gefe de la cautividad, y tenia la soberanía sobre todos los hijos de Jacob, esparcidos en el imperio del califa: proposicion que se destruye á sí misma por el nombre de cautividad, y por la dependencia en que se hallaba este imaginado Soberano del Príncipe mahometano, de quien compró tan cara su dignidad, segun el mismo Benjamin. Añade que mas allá del imperio de los califas hácia el septentrion, habia judíos rechabitas independientes de los otros pueblos, y gobernados por el rabino Hanan, cuyo dominio comprendia diez y seis jornada de un desierto inhabitable. Hanan tenia un hermano llamado Salomon que gobernaba otro imperio, y estos dos Soberanos juntaban bajo sus leyes trescientos mil judíos. Benjamin continúa citando en otras partes poblaciones numerosas de judíos independientes, complaciéndose siempre en colocarlas en paisajes lejanos é inaccesibles. Es manifiesto que todas estas ficciones no se dirigieron mas que á eludir las profecías por las cuales quedaba demostrada la venida del Mesías, pues que el cetro de Judá habia absolutamente faltado en el universo. La relacion de Benjamin es tanto mas sospechosa, quanto abunda de faltas palpables contra la geografia, de historias visiblemente fabulosas, y yerros absurdos acerca de los objetos mas conocidos (*).

(*) Por lo que dice Berault de los escritores judíos naturales de España, se puede ya conocer cual era el estado de la lite-

63. Mas allá de la Persia hácia la parte septentrional de las Indias, donde Benjamin establecia su imperio rabínico, habia un Rey muy conocido con el nombre del Preste Juan, cuyo dominio quedó estinguido en los dos primeros años del siglo siguiente por Gengiskan, fundador del grande imperio de los tártaros. En el tiempo cuya historia escribimos, este Príncipe indiano ó tártaro, famoso por sus grandes victorias conseguidas sobre los persas, manifestó á un europeo llamado Philipo gran deseo de instruirse en la Religion católica, y de abrazar la fe pura de la santa Sede. Era cristiano, pero preocupado como los demás de estos países del Asia con los errores del nestorianismo (1). El Papa Alejandro le confirmó por sus cartas en sus buenos propósitos, le volvió á enviar á Philipo como un hombre instruido y prudente, en quien este Príncipe ponía su confianza, y le exhortó sin embargo á que enviase á Roma como lo habia propuesto hombres sabios de su reino para be-

ratura en nuestra nacion. Aunque dividida en tantas partes, y dominada por tan diferentes Príncipes, y agitada de continuo con las mas sangrientas luchas, nunca dejaron de cultivarse en ella los estudios en toda la época de la dominacion de los árabes. Viéronse establecidas en España universidades, academias y bibliotecas públicas, cuando nada semejante se encontraba aun en las demás naciones de Europa. Los árabes adelantaron extraordinariamente las ciencias naturales; las lenguas orientales tuvieron aquí sus públicos profesores, y la teología se enseñaba en toda su pureza en los colegios y seminarios establecidos por nuestros Reyes y obispos. Véase el lib. 2 de la *España árabe* de Masdeu, tom. 13, pág. 170 y sig.

(1) *Aex. ep.* 48.

ber la verdad en la fuente, é instruirse despacio en la doctrina católica. Estos proyectos de conversion, reiterados con tanta frecuencia despues por los nestorianos de las estremidades del oriente, dan á conocer que aquellos sectarios mas bien se hallaban sumergidos en el error y en la ignorancia que en la heregía; ó cuando menos eran mas culpables de ligereza que de obstinacion.

64. Lo mismo sucedió con los eutiquianos de Armenia, cuyo católico ó patriarca Narsesis escribió al Emperador Manuel Comneno á fin de ilustrarse sobre algunos puntos de fe y de disciplina de su iglesia, diferentes de los griegos (1). El Emperador le envió un filósofo llamado Teoriano, el cual tuvo con él algunas conferencias, y en ellas se examinaron con mucha moderacion de una y otra parte todos los puntos de discordia. El piadoso armenio buscaba sinceramente la verdad, y no tardó en descubrirla. Convenciósese por el testimonio de los padres respetados en todas las comuniones, que no podia confesarse otra fe diferente de la del concilio de Calcedonia. En cuanto á la disciplina, convinieron en que los antiguos usos que no derogaban ni á la fe ni á las leyes recibidas, no debian ser suprimidos. Mas los armenios conducidos por el cisma, con desprecio de los ritos sagrados y aun de las instituciones divinas, pretendian á causa de la carestía de olivos en su país, poder usar de otro aceite para las unciones sacramentales. Teoriano les manifestó que el aceite de olivas

(1) *Bibl. Patr.* pag. 459.

era enteramente necesario, así como para el sacrificio lo era el vino, y no otro licor semejante. Narsesis con su rectitud acostumbrada consintió también en reformar este abuso.

Quando todos los artículos quedaron establecidos de comun acuerdo: „quiero, dijo, hacer los esfuerzos posibles para salvar á todos mis hermanos conmigo: desde hoy escribiré á todos nuestros obispos á fin de juntarlos en concilio. Tengo en mi poder algunos escritos de uno de mis antiguos predecesores llamado Juan, comparado en doctrina y en virtud al mas ilustre de los padres, y cuya fiesta celebramos como de un santo. Fue muy celoso contra los monophisitas, segun se vé por sus escritos aprobados mucho tiempo despues por el católico Gregorio, que ocupó esta silla poco antes que yo. Por medio de estos monumentos, y por los testos que me habeis explicado, espero hacer conocer la verdad á mis ovejas: mas si no tuviese la suerte de reducirlas todas, espediré un decreto por el cual recibiré públicamente junto con aquellas que me sigan, el concilio de Calcedonia, y anatematizaremos á aquellos que no le admitan.” A esta idea enternecido el católico de su propio discurso, mandó retirar á todos excepto Theoriano, y le dijo bañados los ojos en lágrimas: „os suplico que luego que llegueis á Constantinopla, inclineis á vuestro patriarca á pasar al lugar santo á rogar por los armenios difuntos que solo pecaron por ignorancia, á tomar el leño sagrado de la verdadera cruz, y volver hácia el oriente para bendecir la des-

graciada Armenia.” A estas espresiones dictadas por una caridad verdaderamente pontificia, no pudo Theoriano detener sus propias lágrimas.

65. Mientras que las estremidades del oriente se acercaban de este modo á la verdad, el centro del mundo cristiano era el blanco de las violencias del cisma y de todos los desórdenes que le son inseparables. La impiedad, consecuencia inevitable de la division entre las potencias, hizo renacer aquellos vicios que mas se habian esmerado en desterrar un gran número de Pontífices precedentes. En Lieja, ciudad del dominio de Federico, la simonía se atrevió á levantar la frente con tanta desvergüenza, que el obispo Radulfo ponía las prebendas en público mercado al que mas ofrecia (1). Un santo sacerdote llamado Lamberto, y por otro nombre el Tartamudo, arrebatado de una indignacion súbita é inesperada á vista de este escándalo, empezó á tronar contra los clérigos que le fomentaban. Toda la ciudad quedó penetrada de sus discursos, tuvo un séquito numeroso, é hizo conversiones brillantes. Irritado el obispo, mandó conducirle á una prision. Al atravesar la iglesia de nuestra Señora, levantó los ojos hácia el altar, y dijo suspirando: „¡ay de mí! Se acerca el tiempo en que los puercos hozarán la tierra que tú ocupas;” lo que confirmó el suceso.

El obispo, por efecto de una condescendencia que ignoramos, hizo conducir á Lamberto á Roma para que fuese allí castigado de su temeridad. El Papa

(1) *M. Chron. Belg. pag. 193.*

Alejandro no solo volvió á enviarle absuelto, sino que le autorizó altamente para continuar el ejercicio de su celo. Este santo sacerdote habia congre- grado gran número de mugeres y de jóvenes piado- sas, á quienes persuadió que viviesen en continencia, y tal fue el origen de las beguinas de Flandes, llama- das así del nombre de su fundador. Estas son unas comunidades de mugeres, las cuales sin ligarse con votos perpétuos, viven juntas con edificacion, ocu- padas en el trabajo, en la oracion y en todos los ejercicios propios á preservar las costumbres del con- tagio del mundo.

66. Aun no se habia fijado en Roma el Papa Ale- jandro, cuando en el año siguiente aprobó un nue- vo orden militar instituido en España bajo el nom- bae de Santiago. La bula subscripta por trece carden- ales, tiene la fecha en Ferentino, en 5 de Abril de 1173. Este orden, destinado como el de los tem- plarios y el de los hospitalarios de Jerusalem á com- batir contra los infieles, compuesto igualmente de clérigos y de caballeros, se diferencia por otra parte de una manera esencial. Generalmente no están obli- gados al celibato: entre aquellos nuevos caballeros unos guardaban continencia perfecta, otros estaban casados, y sus mugeres eran reputadas por hermanas de la orden. Vivian en comun á egemplo de los pri- meros fieles de Jerusalem, sin tener nada propio: cuanto conquistaban ó adquirian pertenecia á la orden á quien estaban ligados. No podian dejarla para vol- ver al siglo, ni aun pasar á otra orden sin permiso del

gran maestre. Las viudas de los caballeros tenian con todo libertad para volver á contraer matrimonio. Los clérigos del orden vivian en comunidad, y goberna- ban las iglesias que estaban esentas de la jurisdic- cion episcopal: administraban los sacramentos á los caballeros, é instruían los hijos de aquellos que es- taban casados. Obtuvo del Papa este nuevo orden militar, así como los antiguos, la escepcion de los diezmos y de las censuras generales, por manera que ni los caballeros, ni sus familias, ni sus gentes pue- den ser escomulgados, ni aun entredichos á no ser por un legado á Latere (*).

(*) Los principios de la orden militar de Santiago pertene- cen al año 1161, y su aprobacion y confirmacion al 1173. La institucion se hizo á solicitud de un caballero leonés, llamado Pedro de Fuente-enclada, con otros doce compañeros, los que eligieron por su primer maestre al mismo Pedro, y este consi- guió permiso del Rey D. Fernando II para salir con sus caba- lleros contra los moros. Poco despues, esto es, en 1177, obtu- vo el mismo Rey D. Fernando del Papa Alejandro III la con- firmacion de otra orden militar, llamada de San Julian del Pereiro, y despues de Alcántara. Habia sido instituida por unos caballeros de Salamanca en 1156, los cuales deseando emplearse religiosamente en la defensa de los cristianos de su patria contra las correrías de los moros, se establecieron, por consejo de un santo solitario llamado Amando, en una ermita de San Julian cerca de Salamanca, de donde tomaron el nombre. Aprobó su instituto el obispo de aquella ciudad, el cual les dió tambien por regla la del Cistér acomodada á la profesion militar. Luego se llamó de Alcántara, por haberle cedido esta villa los caballeros de Ca- latrava. El Rey Católico unió á su corona los tres maestrazgos de Calatrava, Santiago y Alcántara, como veremos en su lugar. Por estas fundaciones y por los rápidos progresos que logra-

no 67. Así el Papa Alejandro, casi siempre errante y fugitivo desde su advenimiento al pontificado, llenaba las diversas funciones con el mismo desvelo que si hubiera gozado de una paz profunda en el palacio

ron estas y otras órdenes militares en toda la estension de la península, se pueden colegir los que hacian cada día las armas y el poder de los cristianos. Reinaba en Leon cuando se instituyó la orden de Santiago, Fernando, segundo de este nombre, hijo segundo del Rey y Emperador Alfonso VII. En Castilla, despues de la muerte de Sancho III, llamado el Deseado, ocurrida en 1159, y transcurridas las grandes disensiones que ocasionó la minoridad de Alfonso VIII, principiaba ya este gran Monarca la carrera de sus gloriosos triunfos. En Aragon, el hijo de la Reina Doña Petronila Alfonso II, se adquirió no pequeña gloria en sus guerras contra los Reyes moros de Valencia y de Murcia. Asimismo Alfonso I de Portugal, y Sancho VII de Navarra, desbarataron en diferentes campañas el poder de los infieles: por manera que á no haber mediado las luchas interiores y las turbulencias de los estados cristianos, escitadas en su mayor parte por la ambicion y mútuas discordias de los grandes barones, hubieran podido muy fácilmente los Príncipes cristianos reunidos alanzar para siempre á los musulmanes, y sacudir de toda España el yugo de su dominacion; pero no era aun llegado el tiempo señalado en los decretos del Señor. Sin embargo, la iglesia de España en medio de todas las revueltas y agitaciones del estado iba progresando de día en día; erigíanse nuevos obispados en las ciudades conquistadas; se multiplicaban los concilios, y en su consecuencia la reforma desterraba los abusos y hacia brillar las virtudes; se levantaban monasterios, y los institutos de Cluni, del Cistér y de la Cartuja, los canónigos regulares de San Agustín, y otras varias profesiones monásticas tenian en España, no menos que en las demás naciones cristianas, sus verdaderos discípulos y fieles observadores. Véase Ferreras tom. 5. = Mariana lib. 11 y 12; y el M. Florez en su *España sagrada*.

de Letran. Su avanzada edad, y las falsas esperanzas de paz que en diferentes ocasiones le habian dado, no le permitian poder esperar una vida mas apacible. Instado Federico muchos años habia por un santo cartujo, y habiendo por fin experimentado una desgracia considerable, quiso al parecer reconciliarse con la santa Sede: pero el restablecimiento de sus asuntos destruyó al punto estas veleidades ilusorias. Como aconteció en aquel mismo tiempo la muerte de su Papa Pascual, reconoció por Cabeza de la Iglesia á Juan, abad de Strum, que establecieron los cismáticos en su lugar con el nombre de Calisto III. Abriendo los ojos á los partidarios del cisma una serie de tres Antipapas, y viendo el Emperador disminuir cada día su faccion, fingió por segunda vez querer procurar la reunion de la Iglesia. Envió al Papa Alejandro el obispo de Bamberg que siempre le habia permanecido afecto; pero este obispo tenia el encargo de no tratar sino personalmente con el Pontífice con exclusion de los señores de Lombardía, artificio maquinado para hacer nacer la desconfianza y la division entre el Papa y los apoyos principales de su poder. Guardóse el hábil Pontífice muy bien de caer en este lazo.

68. Habiendo llegado por fin el tiempo que el Señor tenia señalado, el Emperador, cuyas ideas eran en un todo contrarias á la paz de la Iglesia, reunió un ejército formidable de alemanes, é hizo una invasion repentina en el Milanésado que creyó sorprender, mas estaban prevenidos: salieron en buen orden,